

mente la hora en que después de la comida debieron salir del comedor los convidados, la hora de tomar el fresco, la de cantar los bambucos y bailar los pasillos, la del amor y las promesas, también en la que baja la melancolía a las almas soñadoras... ¡y que tanto lo eran las de aquellos románticos de la federación! Las ocho de la noche de un día domingo en el mes de julio, que con diciembre comparte las épocas del veraneo bogotano. Sin duda aquella tarde habían llegado de la capital conduciendo a sus dueños que vienen a ver las novias, los alazanes tostados y los bayos oscuros, los moros azules y los rucios rodados. ¡Cómo debieron de latir los corazones cuando hacia el crepúsculo se sintió por el rumbo de la empedrada cuesta crecer el ruido que hacen mezclado con el de las herraduras sobre los guijarros, el tintineo de las espuelas al chocar contra los estribos moriscos!

Sonado ya el toque de oración nos retiramos por entre los naranjos y los limos, preguntándonos cuál de aquéllos será el que se sembró el día del nacimiento de doña Isabel, y que consagró el poeta en esta estrofa:

“Yo sé que un árbol sembrado
en otros tiempos mejores,
los años de un ser amado
cuenta en cosechas de flores.”

—Cuéntenos usted algo sobre la ferrería y sobre esta casa —me dice una elegante y fina dama mientras bajamos silenciosos hacia el río.

En estas líneas queda satisfecho el deseo de mi amable interlocutora, a quien dedico esta página de evocación y de recuerdo.

TOMAS RUEDA VARGAS

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

La responsabilidad de los artículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio postal interior. Lic. No 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

Redacción: Eduardo Carranza. — Administración: A. Delgado Plaza.

Volumen XXXVIII — Bogotá, junio y julio de 1943. — Nos. 371 y 372

ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL PRIMADA DE BOGOTA
POR MONSEÑOR JOSE EUSEBIO RICAURTE.
EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DEL GENERAL
DOMINGO CAYCEDO.

Laudemus viros gloriosos; homines magni virtute, et prudentia sua praediti.

Alabemos a los varones gloriosos, que fueron grandes por su virtud, y dotados de una singular prudencia. Eccli. 44-1.

Extemporáneo parece, en este siglo de egoísmo, en el que gran mayoría de personas piensa que están muertos y son quiméricos los ideales de generosidad y abnegación, y son hoy sólo propios para hacer reír de la locura de don Quijote, el evocar la figura y memoria de un hombre modesto, modestísimo, en su persona, que sin noción siquiera de lo que pudiera ser ambición de lucro o de ostentación tuvo por norma de su vida, realizada plenamente, la de servir.

Pero nunca este recuerdo y homenaje es más necesario que en nuestros días; hoy especialmente necesitamos admirar y agradecer la virtud austera que tan vivamente cooperó a fundar la patria y a cimentar nuestra nacionalidad. Por esta razón hoy Colombia agradecida y la Iglesia se juntan para propo-

ner este ejemplo sublime de generosidad y desprendimiento, de prudencia y de firme y caballerosa bondad. En el recinto académico y en la catedral primada nos congregamos para admirar la virtud excelsa de don Domingo Caycedo y para dar gracias a Dios por habernos deparado tan grande benefactor y tan pulcro modelo de elegante magnanimidad.

Pasó él con sus bondades y muchos se olvidaron de él, porque el hombre pasa como se seca el heno, y su gloria se acaba como las florecitas de la hierba campesina, como dijo en sublime poesía el profeta Isaías (40-6). ¡Así pasa la gloria del mundo!

Hoy al resonar de nuevo su alabanza y al ponerse de presente su honor, con motivo de cumplirse un siglo de su muerte, la Iglesia quiere asociarse a este recuerdo venerable, por ser un acto de justicia decir al justo la palabra de aplauso (Is. 3-10), y por la gratitud que todos le debemos, pues fue tan grande su cooperación en el esfuerzo de ayudar a la patria naciente, y además, porque fue un modelo de virtudes cristianas.

Pasa la gloria, termina la ostentación, se quedan las riquezas al borde del sepulcro. Queda por breve tiempo la gratitud olvidadiza de los beneficiados, y queda para siempre la responsabilidad de los propios actos, que la conciencia se lleva para la eternidad, que el Juez omnipotente ratifica con sentencia definitiva, y que deja en este mundo una huella de bien o de mal que se prolonga más o menos a través de las personas y de los tiempos como las ondas que produjo un golpe en las aguas del estanque.

Oportuno será ver cómo fue grande y glorioso don Domingo Caycedo. Fue gran servidor de nuestra patria en muy oportunos momentos; y fue un modelo de virtud digno de admiración y es hoy necesaria su imitación.

Tocóle a don Domingo Caycedo la fortuna de ser educado y templado en el Colegio del Rosario, donde tuvo por compañeros a los que habían de fundar la república, y sentarse en los

bancos con nuestras más puras glorias, y llegar después a ser catedrático y vicerrector del instituto llamado con toda justicia “cuna de la república”, en donde había recibido las borlas de doctor en jurisprudencia.

Tuvo también la honra dolorosa de estar preso por la libertad en ese mismo Colegio, junto con sus maestros, compañeros y discípulos, con todos los que allí pagaron en dolor el precio de nuestra libertad y de su gloria.

Bolívar, el genio máximo, el creador, el vidente, el que nunca acabará de ser admirado, ni comprendido y querido suficientemente, engrandeció todo lo que tocó, y él adivinó, o mejor, reconoció la grandeza y lealtad de Caycedo y le entregó la gobernación de Neiva en momentos de angustia y dificultad, y con sus propias manos le puso en los hombros las charreteras de general de brigada.

A él le tocó después, en el año de 1823, presidir la Cámara de Representantes de la primera Colombia, la que había de conducir los primeros pasos de nuestra patria que apenas pretendía salir de la cuna donde había sido arrullada por el estruendo de los cañones de la libertad, y mecida por las conmociones que separaron a la América del yugo conquistador, y le dieron vida independiente.

Ser presidente de Colombia es inconmensurable honor, porque es subir a sentarse en el solio de Bolívar; porque es empuñar el timón de la gloria de esta patria tan bella, tan noble, tan rica en bienes naturales, en glorias y virtudes, en esperanzas y realidades; carga onerosa de responsabilidades, y saturada de amarguras e inquietudes, especialmente en los días primeros de la nacionalidad. Y él tuvo la honra de ocupar ese puesto ocho veces, mucho mayor número que ninguno otro, y le cupo la gloria de recibir el poder directamente de las manos del Libertador cuando en 1830, en su quinta de Fucha, donde lo tenía alojado, le entregó el poder supremo para salir de aquí camino de Santa Marta a saborear el mar infinito de amargura de su propia gloria. Es el presidente, más que la bandera y

más que el himno nacional, el verdadero representante de la nación, de sus poderes, de su soberanía, al mismo tiempo que el depositario que recibe un tesoro de glorias y grandezas que debe entregar enriquecido y ennoblecido.

Don Domingo Caycedo no sólo merece nuestra admiración por sus méritos y glorias, sino nuestra gratitud como bienhechor insigne.

Recién graduado de jurista emprende largo viaje hasta España en 1809, como orador de las colonias ante las cortes reales. Luego allí quiere defender la justicia y se alista en los ejércitos peninsulares que defienden a España de la invasión de Bonaparte. Pero muy pronto, en 1811, se le ve de oficial entre nosotros para sacrificarse por la patria que va a nacer.

En 1813 ayuda a Nariño en su campaña y lo abastece entregándole cuanto necesite de sus haciendas y bienes para racionar su ejército, sin otra recompensa, sin otro pago que la felicidad de haber servido a su patria, de haber cooperado calladamente a la empresa libertadora.

En 1830 sirve a la gloria de su amigo el Libertador, convenciéndolo de que prescinda del plan de formar un partido político para otra presidencia, cuando este país, todavía niño, necesitaba que las duras lecciones de la experiencia lo hicieran capaz de caminar por sí mismo y de valerse solo en medio de las naciones libres.

La Iglesia y la civilización le están agradecidas porque en su última presidencia, el 3 de marzo de 1842, trajo a los jesuitas para encargarlos de las misiones y de la educación de la juventud, y era oportuno pensar que los que trajeron la primera imprenta, los que evangelizaron la mayor parte de nuestro territorio, los que habían recibido del Arzobispo Lobo Guerrero la dirección de un gran colegio, volvieran a continuar sus pacíficas conquistas, como portadores de la ciencia y la virtud.

Considerémoslo finalmente como nuestro modelo de virtudes.

Digno sobrino del Arzobispo don Fernando Caycedo y Flórez, e hijo de Luis Caycedo, que con una generosidad propia de su estirpe había renunciado el título, entonces tan prominente y codiciado, de marqués que le diera el emperador Carlos IV, porque ya tenía en pensamiento la necesidad de la independencia americana, como lo comprobó al firmar de primero el memorial de agravios del doctor Camilo Torres, llamado con razón el verbo del Derecho. Bien aprendió de su padre las lecciones que le inculcó de procurar, ante todo, servir en todo y a todos, acostumbándolo a las penalidades y sacrificios que necesariamente trae consigo ese anhelo de servir al prójimo.

Era tal su prudencia y su aplomo, su firmeza y serenidad, que sólo tuvo la presidencia en los momentos de zozobra y desconcierto, y la dejó con gusto al poner la patria en otras manos para volver a la vida privada, que era su deseo constante.

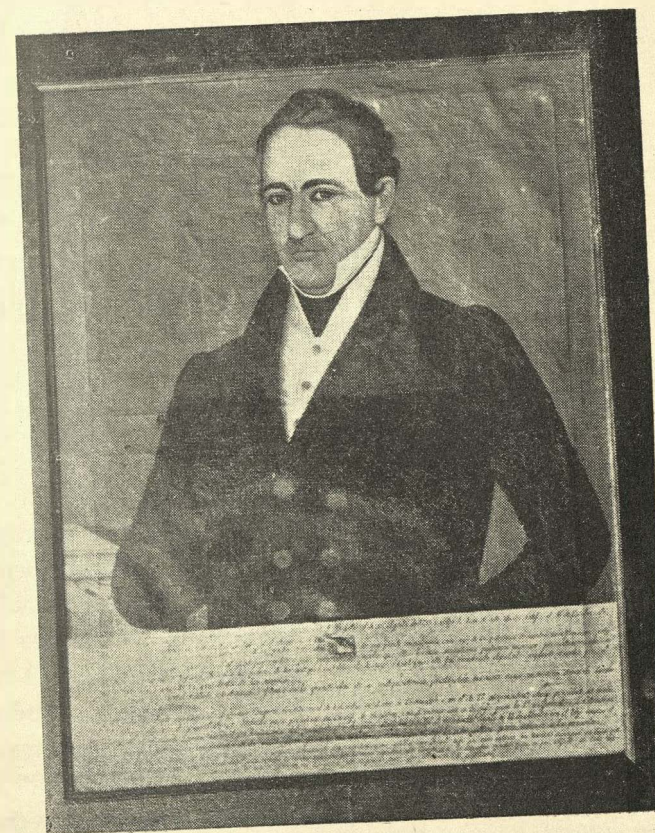
Su bondad era tan extraordinaria, a pesar de su firmeza rara e inflexible, que siempre se le tuvo en todo género de asuntos como el conciliador y el pacificador de los ánimos exaltados. Sus amigos sintieron siempre, al tratarlo, hasta dónde es dulce un amigo, y sus enemigos se vieron favorecidos por él hasta más allá de lo que podían esperar de sus propios amigos. Fue el hombre que supo perdonar con gesto magnífico y con bondad inalterable. Con razón no sólo sus hijos y descendientes, sino innumerables personas, no le daban otro nombre que el "Padre Domingo".

Esta es la razón por la que la Iglesia ha querido asociarse a esta conmemoración centenaria, y proponer hoy el ejemplo del cristiano magnánimo y generoso, del hombre que supo realizar en la vida la bondad que Cristo propuso a la humanidad con sus mandatos y ejemplos un modelo del patriotismo, que es Hijo de Dios, que, cuando pasó por los espinosos caminos de la vida humana, lloró ante Jerusalén al saber que su patria había de ser destruída por jefe advenedizo que no dejaría de ella ni una piedra sobre otra. Así nos lo enseñó Nuestra Señora la Virgen, que al entonar el himno más sublime que ha oído la literatura universal, que es el epílogo de todo el antiguo tes-

tamento y el preludio del nuevo, y al mismo tiempo es el himno triunfal de la entrada de Dios al mundo, en su última estrofa se estremece de patriotismo, el cual, al pasar por el corazón y los labios de María, queda embellecido y santificado. Por eso para los cristianos el patriotismo no es una ostentación, ni un entusiasmo febril de manifestaciones transitorias, sino un deber y una nobleza, una virtud y un mérito verdadero.

Y es porque la patria no es sólo su territorio inviolable, como legado santo de los mayores; es, además, toda su historia, es todo su pasado, porque no es digno de progreso quien no sabe conservar. La patria es todo el conjunto de tradiciones de los antepasados, es el amor de nuestros padres, son sus esfuerzos y sacrificios que hoy se suman con los nuestros y así van formando un río de luz que crece con los días. Patria es las tradiciones y enseñanzas con que se educaron nuestros abuelos, nuestros padres y nosotros mismos. Patria es nuestro hermoso idioma, es nuestra religión única verdadera que nadie deberá atreverse a ultrajar porque heriría nuestro corazón, pues allí es donde tenemos grabado el nombre de patria, de modo que juzgamos como atrevidos enemigos de la patria misma los propagandistas del error o los corruptores de nuestras costumbres, que la verdad católica ha conservado limpias.

Es pues, justo, que ante la egregia figura del doctor, general y prócer don Domingo Caycedo, la patria y la Iglesia repitan las palabras del libro sagrado (Eccli. 44): "Alabemos a los varones ilustres porque cosas muy gloriosas realizó el Señor por ellos. Fueron grandes en la virtud, y estuvieron dotados de singular prudencia. Hombres ricos en virtudes, solícitos en el decoro, pacíficos en sus casas. Alcanzaron gloria en las edades de su nación y en sus días son colmados de alabanzas. Otros hay de los que no quedó memoria, pasaron como si no hubieran sido. Mas éstos son los varones de misericordia cuyas bondades nunca decayeron. Su nombre vivirá de generación en generación. Celebran los pueblos su sabiduría y anuncia la Iglesia sus alabanzas."



GENERAL DOMINGO CAYCEDO